



CAPITULO VI

SEGUIMIENTO DE LA VIRTUD

ARTÍCULO I

BIENES DE LA VIRTUD (1)

Cosa que maravilla es que se hayan de ponderar los bienes de la virtud, cuando la virtud debiera ser la cosa más espontánea en nuestras almas como cosa muy conforme á razón. ¿Quién se maravilla de ver al pájaro volar, ó al pez, nadar, ó al caballo correr? ¿Ni quién empleó jamás grandes fuerzas para hacer crecer la planta, ó hacer abrir á la flor su capullo?

Pues, no obstante eso, por cuanto el cojo necesita apoyo y el flaco necesita esfuerzo, decimos que son grandes los bienes que el Señor ha vinculado á la virtud. Desde luego como sea verdad que donde está la virtud no puede estar el vicio, y que librar del mal es hacer un bien, tantos son los bienes de la virtud, cuantos son los males que ocasiona el vicio, que no son pocos. Aparte de los estragos que causa en la salud y las fuerzas, según aquello de que los pecadores no dimidiarán sus días; aparte de las enemistades y guerras y venganzas con que se exterminan unos á otros los hijos de los hombres; aparte de la esterilidad de

(1) Tomamos todo este capítulo del P. Sacrest, Ord. Praed.

las obras que practican, porque escrito está que es varón estéril que no será prosperado, el que no vive en la virtud de Dios; son de saber los males con que el Señor amenaza y castiga á los pecadores de la tierra.

Así como para los buenos se presenta el Señor cual ave cariñosa que cobija á sus hijuelos, así para los malos se presenta ya como capitán airado que hace vibrar su espada y entesa su arco: ya como impetuoso viento que los borra de la vida como es barrido el polvo de las plazas; ya como tempestad deshecha que los envuelve en el torbellino de su ira; ya como azote divino que deja tras sí la desolación y el quebranto. «Si no os convirtiereis, dice por David (1), vibrará su espada, y entesará su arco: disparó sus saetas y los disipó: los desmenuzará como el polvo que el viento esparce, y los barreré como lodo de las plazas».

«Hé aquí, dice Jeremías (2), que se levantará el torbellino de la indignación divina, y la tempestad, rompiendo la nube, descargará sobre la cabeza de los impíos». ¡Ay!, exclama Isaías (3), ¡ay de la nación culpable...! ¡ay de la raza perversa! ¡ay de los hijos sacrílegos!... sobre los prevaricadores caerán todos los azotes, la devastación, la ruina, el hambre y el acero; y por si esto no basta, he aquí los castigos con que amenaza el Señor á su pueblo infiel: «Si no quisieréis oír, dice el *Deuteronomio* (4), la voz de tu Señor Dios y guardar sus mandamientos, vendrán sobre tí estas maldiciones... Maldito serás en la ciudad y maldito en el campo; maldito tu cillero y malditas las sobras de tu mesa; maldito el fruto de tu vientre y el fruto de tu tierra, y los hatos de tus bueyes y las manadas de tus ovejas: maldito serás en todas tus entradas y salidas... serás cercado dentro de tus puertas y puesto en tanto aprieto que comerás el fruto de tu vientre y las carnes de tus hijos y de tus hijas. Vendrán sobre tí estas maldiciones y te comprenderán hasta que perezcas». Estas son las amenazas con que se halla estrechado el hombre en los caminos del mal, con

(1) Vide Salm., 7.—(2) Jerem., 23, 19.—(3) Isaías, 1.ª 4.—(4) Deut., 28, 1-6

más los remordimientos de conciencia, testigo incorruptible que no ceja ni por caricias ni por esperanzas, ni en público ni en secreto; antes á semejanza de aquel otro querubín está siempre con espada de fuego dispuesto á vengar los derechos de Dios. Así que dice el Espíritu Santo: No hay paz para el impío; y Job (1) añade: ¿Quién fué jamás enemigo de Dios y pudo tener paz? Por lo cual cúmplase en parte aquella amenaza de la Sabiduría (2): Que el Señor armará á todas las criaturas para la venganza de sus enemigos. Por lo menos así se lo hace el Señor presentir al que vive apartado de su gracia. El alma se encuentra como en tierra extranjera y enemiga. Si mira al cielo ve que las estrellas brillan y brillando alaban; si mira á la tierra, ve que la tierra reverdece y reverdeciendo canta; si mira la mar, ve que la mar brama y bramando bendice; si mira los aires, ve que los pájaros cantan y cantando ensalzan; sólo ella no puede formar parte en tan agraciado decacordo; sólo ella es rechazada de Dios y de la creación; sólo ella lleva en su frente la maldición divina y acuérdate que está escrito (3): «*Qui non est mecum, contra me est*: El que no está conmigo está contra mí». Armadas, pues, cree contra sí todas las criaturas: en el cielo rayos y centellas; en la tierra temblores y hundimientos; en los aires granizos y tempestades; en el día testigos y acusadores, en la noche sombra de muerte y de eternidad le hacen exclamar (4): «Cercáronme dolores de muerte, peligros del infierno me han estrechado». Este es el seto de espinas de Oseas y la hiel y agenjos de que habla Isaías.

Pues de todos estos males, que acompañan los caminos del mal, viene á verse libre el hombre virtuoso según aquellas palabras: (5) «Cuando los caminos del hombre agradaren á Dios, el Señor pondrá paz con sus enemigos»; quiere decir, con todas aquellas cosas que podían molestarnos; sino es que para darle mayor corona deje alguna vez que entren en batalla sus enemigos. Pues nos cons-

(1) Job, 9, 4.—(2) Sap., 5, 18.—(3) Luc., 11, 23.—(4) Salm., 114.—(5) Prov., 16, 7.

ta que, según San Pablo (1) al justo todas las cosas le suceden bien: *Omnia cooperantur in bonum*. Así es que mandó el Señor un profeta al justo diciendo (2): *Decid al justo que bien*, sin distinguir éste de aquél, porque debajo de aquella palabra se comprenden todos los bienes; á la manera que al decir Dios á Moisés (3): *Yo soy el que soy*, comprendió no este ni aquel sér, sino las perfecciones de todos los seres.

Tiene el virtuoso en esperanza los bienes del cielo y en posesión los bienes de gracia. Posee la caridad y amor del Espíritu Santo con los dones y virtudes infusas; por donde es tratado como hijo adoptivo donde vive la Santísima Trinidad y donde tiene el Señor sus complacencias. Del virtuoso tiene Dios providencia amorosa y especial para mandarle sus ángeles que le guarden, para escuchar sus plegarias y oraciones, para consolarlo en sus dudas y penalidades; y lo que es más, para ponerse á sus órdenes y voluntades. Lo ha prometido Él solemnemente cuando dijo (4): *Voluntatem timentium se faciet et deprecationem eorum exaudiet*: «Él hará la voluntad de los que le temen y oirá las plegarias de los suyos.» Todo lo cual produce por precisión en el ánimo del justo una paz envidiable, desconocida de los hijos del mundo. Paz, según San Pablo, que sobrepuja todo humano sentido: paz en el tiempo, paz en la eternidad; paz en las alegrías, paz en las tribulaciones, paz que á manera de río llena todas las potencias del espíritu, y que en medio de todos los trastornos de la vida hace permanecer inalterable, mirando con frente serena y corazón tranquilo las agitaciones de la mutabilidad humana.

Si el mundo enloquecido en profanas alegrías ríe, y canta, y baila, el alma virtuosa, cual casta paloma, toma de los labios de la Virgen aquel verso que dice (5): «Y mi alma se alegrará en Dios mi Salvador»; si el azote de la indig-

(1) Rom., 8, 28.—(2) Isaías, 3.—(3) Exod., 3, 14.—(4) Salm., 144.—(5) San Luc., cap. 1.

nación divina se deja sentir sobre la tierra, y el mundo despavorido, huyendo de sí mismo, busca asilo en las grutas y cavernas, el justo confiado en el Señor exclama (1): «El Señor es mi fortaleza y mi refugio»; si la prosperidad se entra por las puertas del justo y los honores lo levantan por sobre la muchedumbre: «Del Señor, exclama, del Señor es la tierra y su llanura, suyo es el orbe y cuanto en él habita, suyo es el honor, suya la gloria»; si la peste y la guerra llevan á su hacienda la desolación y el quebranto, y el mundo se ceba en su abatimiento, «el Señor lo dió y el Señor lo quitó,» dice con Job (2); y «el que se exaltare será humillado, y el que se humillare será exaltado (3)» concluye, con el Evangelio. En la vida y en la muerte tiene siempre presente aquella sentencia de San Pablo (4): «Sea que vivamos, sea que muramos, del Señor somos.»

Pero ¿podía ser de otra manera cuando el mismo Señor es el Dios, Rey y Salvador del justo? A todos y a cada uno de ellos les ha dicho: «Vosotros seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios.» Y si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros? Ni el cielo, que es su trono, ni la tierra, que es su escabel, ni el mar que es su posesión, ni el infierno, que es su despojo, se levantarán contra el justo; porque del nombre de Jesús, que es su Dios, escrito está (5): «En el nombre de Jesús doblegarán su rodilla el cielo, la tierra y los infiernos»... y mandó á los vientos y quedó el mar en gran tranquilidad: *et facta est tranquillitas magna.*

Dios reinando en el corazón del justo, he aquí el gran principio de la paz, el origen de ese río que extendiéndose maravillosamente lleva á todas las potencias y sentidos la consolación y el regocijo espiritual. Dios renueva el alma que posee un corazón limpio y un espíritu recto, formando así aquel hombre nuevo, creado, según San Pablo, en justicia y santidad. ¿Y cuál es el fruto

(1) Salm., 17.—(2) Job. 1, 21.—(3) Luc., 18, 14.—(4) Rom. 14, 8.—(5) Philip. 2, 10.

de la justicia sino la paz? *Et erit opus justitiae pax,* dice Isaías (1): Y sera el fruto de la justicia la paz... y la justicia y la paz se abrazaron., y en sus días saldrá la justicia y abundará la paz.

Por manera que es la virtud aquella corriente hermosísima de que nos habla la Escritura divina, á par de la cual se levantan, según San Juan, árboles cargados de frutos más dulces que la miel y más ricos que las piedras preciosas. Arrojémonos, pues, en sus puras y cristalinas aguas; dejémonos tranquilos llevar por su corriente: en ella colocada nuestra alma navegará dichosa por el río de la vida y gozará de las delicias de la virtud hasta ser entrada en el gozo de la eternidad.

ARTÍCULO II

NECESIDAD DE SERVIR Á DIOS DESDE LA JUVENTUD

A la manera que en la vida del sentido, antes que el hombre ande por su propio pie, anda primero en brazos de la madre, la cual le va despertando y dirigiendo en las relaciones de la vida sensitiva; así en la vida de la inteligencia antes que piense por sí mismo, precisa andar en brazos de otra inteligencia que le despierte y le lleve como por la mano por senderos de él desconocidos. Y como los objetos son nuevos y las facultades vírgenes, se despierta esa agitación febril que constituye el ardor de la juventud. Entonces es cuando se corren los grandes peligros. Es el hombre en esa edad levantado á la cumbre de una gran montaña desde donde divisa los mundos, pero por dondè se pasea divertido, sin advertir los grandes peligros que se corren según la vertiente por donde se incline. Está en la arista de grande y terrible dièdro, formado por dos planos inclinados, uno de los cuales seguramente

(1) Isaías, 32, 17.

decidirá de su suerte futura. Aquí está el gran problema de la educación.

El dirigir bien en tan graves momentos al joven, constituye el mérito del buen pedagogo; y pedagogo llamo aquí al maestro y al padre y á la madre y á cuantos tengan encargo de dirigir la juventud. Señalar aquí al joven los peligros del mundo, los desencantos de la vida, instruirle en los deberes que tiene para con Dios, para consigo y para con sus prójimos, acostumarle á moderar los movimientos perversos y las inclinaciones aviesas, introducirle en los caminos severos de la ley del Señor, ved aquí el gran bien á que alude Jeremías, cuando dice (1): «Bien es al hombre haber llevado el yugo desde su juventud»; ved ahí el gran bien de la educación que decidirá de su suerte futura según este otro testimonio de los Proverbios (2): *Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea.* «Seguirá el joven cuando viejo el camino que haya tomado desde un principio.»

Sabido es que esto tiene sus excepciones como las tienen generalmente todas las reglas de la vida. Sabido es que hay almas perversas después de una educación cristiana y esmerada, como hay penitentes santos después de una juventud estragada. Hay indudablemente en la historia un Saúl y un Absalón, un Lutero y un Lamennais, como hay también un Pablo y un Agustín, una Magdalena y una María Egipciaca. Pero estas mismas excepciones, que por otra parte nos dicen los inescrutables juicios de Dios sobre los destinos del hombre, confirman la ley general de que el hombre seguirá en sus pasos postreros los caminos que haya tomado en su juventud.

Con efecto: por uno ó dos, que como San Pablo y San Agustín fueron sorprendidos en la carrera de sus crímenes, se encuentran ciento y mil y más que como Sansón y Samuel, como Jeremías y el Bautista, bebieron con la leche la ley del Señor. El Patriarca Santo Domingo, Santo

(1) Thren., 3, 27.—(2) Prov., 22, 6.

Tomás de Aquino, San Vicente Ferrer, San Luis Beltrán, San Luis Gonzaga, Santa Inés de Monte Policiano, Santa Catalina de Sena, Santa Teresa de Jesús con otras, infinitas y esclarecidas almas, amaron á Dios desde un principio y llevaron desde jóvenes el yugo del Señor. Revisad el catálogo de los Santos cuya memoria celebra la Iglesia en los altares, y su inmensa mayoría observaréis que pertenece á aquellos que fueron muy luego prevenidos con las bendiciones de la gracia y realizaron en el mejor sentido esta palabra: «El joven seguirá en sus años postreros el camino que haya tomado en un principio.» ¿No recordáis cómo aquellas madres cristianas reunían á sus hijos enseñándoles la fe y los misterios de Cristo? ¿No recordáis á Santa Felicitas, que, cual madre de los Macabeos, ella misma excitaba y alentaba á sus hijos al martirio? ¿Y no sabéis que por eso se ve hoy de ellos rodeada así como de una corona de siete estrellas?

Si, pues, al justo le fué dicho *que bien*, á los jóvenes levitas que tempranamente se ofrecen á Dios digo que *bien, muy bien.*

A mayor abundamiento y confirmación de esta verdad hay que notar que la diferencia que va de un monte bravo ó inculto á la bella perspectiva de un jardín trabajado con sus calles de árboles, con sus arcos de flores, con sus figuras correctas, y cónicas, ya piramidales, ya simétricas, ya caprichosas, esa misma es la que va de un joven abandonado al azar de sus pasiones, á otro formado en el temor de Dios. Asimismo vemos que en terrenos pedregosos unas piedras se amontonan sobre otras sin orden ni concierto alguno, mientras con otras forma el sabio arquitecto hermosísimas calles y estupendas catedrales. Así es tan varia la impresión que cada cual produce según la disposición que recibió.

No de otra manera la hermosura de una sociedad, de una familia y de las almas depende de la forma que se recibió en la educación, entonces cuando es materia disponi-

ble á todas las formas que se nos quieran dar, cuando somos como el barro en manos del alfarero, como la cera en la del cerero.

De suerte que si de jóvenes adquirimos grandes virtudes y hábitos de bien obrar, si de jóvenes nos aficionamos al estudio, á la oración, á la caridad, á la mansedumbre y humildad, eso mismo conservaremos más tarde. Y si por el contrario nos dejásemos arrastrar por pasiones malas, éstas decidirían de nuestro fatal destino.

Por donde, y siguiendo adelante con la comparación, es de notar cuánto importa ahora en los principios obtener un alto grado de virtud, de humildad, de modestia y caridad, porque ese mismo conservaremos en adelante. *Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea.* Verdad es que es duro quebrantar las fuerzas en sus mejores bríos, y no dar á la naturaleza las expansiones de la juventud. Pero cabalmente es aquí donde tiene su mejor sentido la palabra de Jeremías cuando este profeta dijo: «Bien es al varón llevar el yugo desde su juventud.» Estas palabras se dirigían á los jóvenes que sufrían en Babilonia el yugo extranjero en el cautiverio. Sabía este profeta cuán escasos son los placeres de la vida y cuán abundantes las amarguras de ella. ¡Cuántos los desencantos, cuántas las desventuras de la tierra! ¡Cuántos ríos de sangre y de lágrimas bañan este suelo! ¡Por un día de risas que asome á nuestros labios, restan años y años de pesadumbres indecibles!

De aquí la necesidad de almas probadas en el infortunio, de caracteres esforzados que no caigan al peso de la desgracia. Por eso, pues, es cosa buena, pero muy buena, ser avezado desde la juventud, al quebrantamiento de sí mismo, para formar caracteres levantados, capaces de llevar con longanimidad los trabajos de la vida. Sansón y Samuel se abstuvieron desde niños del vino y de la sidra: el Bautista se marchó desde muy niño al desierto vistiendo cilicio y comiendo sólo langostas y miel silvestre; y

del Salvador, dice el Profeta (1): «Pobre soy yo y he ejercitado muchos trabajos desde mi juventud.» No son las ramas de nuestros parques regaladas por los cuidados del jardinero, sino las del monte, expuestas á los calores y vientos y heladas, las llamadas á sostener los grandes pesos y nuestras casas y edificios. Los antiguos atletas desde muy tiernos eran avezados á los trabajos y esfuerzos de la lucha.

Bien es, pues, jóvenes levitas, que desde ahora os acostumbréis á llevar los trabajos anejos á la servidumbre y sumisión, al cumplimiento de toda ley y justicia. Sed sobrios, modestos, humildes, obedientes y sufridos. Más adelante comprenderás cuán bueno es saber presto de trabajos y dolores, de yugos y servidumbres.

Por aquí comprenderemos todos cuán errados andan aquellos directores que por un cariño mal entendido temen mortificar á sus educandos y condescienden con ellos en todos sus antojos y caprichos. Si Jeremías decía que era bien llevar el yugo, es de saber que el yugo pesa y el yugo contiene y dirige. Que pese, pues, sobre los educandos el yugo de la educación, del estudio, de la obediencia y del trabajo, y contened y dirigid los movimientos perversos y las inclinaciones aviesas de la naturaleza, recordando que está escrito: *Qui amat, corripit* (2).

Así formaréis generaciones fuertes, más grandes que la desgracia, y repetirán más tarde, dándoos las gracias, con Jeremías: «Bueno es al hombre haber llevado el yugo desde su juventud.»

Concluiremos con una razón que debía ser casi la primera. Dios, como supremo autor y Señor de todas las cosas, tiene dominio absoluto sobre todos los tiempos, como lo tiene sobre todas las cosas y lugares. En fe de este supremo dominio, dispuso en su inefable sabiduría reservarse las primicias de las cosas y de las personas

(1) Salm. 87. 16. (2) Prov. 3, 12.

según nosotros sabemos que así lo ordenó en la ley de Moisés.

Pues según esto, ¿qué gusto no recibirá Dios en el joven que voluntariamente desde sus primeros años se consagra á su servicio? Entonces, cuando son las primicias de la vida, cuando el sacrificio puede llamarse immaculado. Entonces, cuando otros señores se disputan la conquista, cuando brinda el mundo con sus halagos y el porvenir con sus encantos. Razón, pues, tenéis jóvenes levitas, para estar santamente orgullosos de vuestro temprano sacrificio. Porque si de las oblaciones de las primicias dice el Levítico, que son de olor suavísimo al Señor, ¿qué no serán en la presencia de Dios las oblaciones de vuestra temprana edad? (1).

ARTÍCULO III

TÍTULOS ESPECIALES PARA EL JOVEN LEVITA

Cuanto dejamos dicho en el artículo anterior reza con todo joven cristiano; pero no hay duda que de manera singular conviene al joven levita destinado á ser ministro del Señor y ángel del Santuario. Si es verdad que los caminos de la santidad corresponden á los de la predestinación, según aquella frase de San Pablo: «A los que predestinó á éstos llamó, y á los que llamó á éstos justificó» (2), ¿cuál no deberá ser esta justificación siendo tan alta la vocación?

Es doctrina de los santos que los que el Señor predestina á grande gloria en el cielo, es menester que sean de mucha santidad en la tierra. No debe ser igual el molde que corresponde á una piedra de cimiento enterrada en el suelo, que el que pide la estructura de los arcos y cornisas

(1) Recomendamos la lectura y meditación de los capítulos todos del áureo libro «Guía de pecadores» compuesto por el V. P. Granada, Ord. Pred.

(2) Rom. 8, 30.

que más allegados están hacia el cielo. Piden éstos mayor trabajo, mayor inteligencia y mayor tiempo,

De aquí arranca el gran interés con que siempre han mirado los Santos y Doctores de la Iglesia la formación de los hijos de Leví. Ellos no han de ser ocultados debajo del candelabro en la tierra, sino puestos como luz sobre el candelabro, ó como delicada estructura en la parte más vistosa de la casa del Señor. Por donde toda solicitud será poca á tan altísimo pensamiento. ¿Por qué pensáis instituyó San Agustín su Regla de clérigos, sino para la mejor formación del espíritu eclesiástico? ¿Por qué los concilios provinciales en las diferentes edades y regiones del catolicismo fueron poco á poco estableciendo leyes al mismo efecto y fomentando cada vez más la creación de colegios eclesiásticos? No hubiera ciertamente el gran concilio de Trento instituído con tanta aceptación los Seminarios, á no estar sintiéndose en todas partes tal necesidad. Si es verdad, como dijo un sabio, que aun cuando no hubiera hecho otra cosa el Concilio Tridentino que establecer los Seminarios, hubiera sido esto solo razón bastante á la gloria de los Padres que en él definieron, también lo es que aun cuando no hubiera otra razón de su subsistencia que el mayor recaudo que pide la carrera eclesiástica, sería esta suficientísima á tal establecimiento. De suerte, querido joven, que todos los sudores y cuidados que desde el Concilio Tridentino han empleado los prelados de la cristiandad en tantas maneras de casas, colegios, establecimientos y seminarios, tantos dispendios de hacienda, tantas horas de vigilia, tantos estatutos y reglamentos de vida, tanto sacrificio de talento y predicación, todo te dice muy claro cuán grave sea la formación de tu espíritu y cuán graves motivos tienes de aficionarte á la virtud para no frustrar los designios de Dios y los desvelos de la Iglesia.

Si ahora en tu juventud sientes ardor por la gloria de Dios y exaltación de la Iglesia, sepas que mucho harás, si mientras ofreces al Señor con el sacrificio de las virtudes

las primicias de tu vida, trabajas por hacer cierta tu vocación, por atesorar muchos merecimientos y virtudes, por asentar ancha y poderosa base á las virtudes sacerdotales.

¿Te has fijado bien además, que nunca mejor tiempo para el ejercicio de la virtud, que los días de la carrera en que todo coadyuva: el retiro, la vigilancia superior, el freno de la corrección y aun el mismo ardimiento juvenil? ¿Y te has preguntado alguna vez lo que san Bernardo: ¿A qué has venido al Seminario ó casa institutriz? ¿A qué has venido? ¿A pensar en otros? No. ¿A regentar una parroquia? No. ¿A ejercer algún cargo ó ministerio ó ejercitar la predicación? No. ¿Has venido á hacerte sabio según el mundo? No: que para eso está la Universidad. ¿Pues, á qué has venido? ¿A holgar y buscar goces? No: que vanamente habrías salido del mundo. ¿A qué has venido, pues? Has venido á formarte según el espíritu sacerdotal, á ser ángel del Santuario. Y no tienes, no debes tener otra misión, ni otro pensamiento; y cualquiera que tal no piense, yerra lastimosamente. Si, pues, tal es tu objeto actual, si tal la ciencia que estudias ahora, bien es que salgas en ella muy aprovechado, muy aventajado, muy sobresaliente en la ciencia del temor de Dios.

Estos así formados son la esperanza de la Iglesia, la alegría de los prelados, el honor de los profesores y el aliento de todo bien. Con tales espíritus no hay por qué temer las iras revolucionarias, ni la perversión de la fe, ni la corrupción de las costumbres; que si por yerros pasados sufre por ventura algunos quebrantos la virtud de los pueblos, apenas entre el joven sacerdote en los pueblos, cuando se restablecerá el culto, la frecuencia de los sacramentos, el esplendor de las festividades, el fervor de las cofradías; viniendo así el joven y fervoroso sacerdote á ser un verdadero Nehemías en la restauración de la espiritual Jerusalén. (1)

(1) Léanse los dos capítulos I et II, del opúsculo XVIII, ed. Rom. D. Thomae pag. 290 et 291.



CAPITULO VII

¿QUÉ ES DEVOCIÓN? (1).

ARTICULO I

La devoción, propiamente hablando, no es una virtud, "sino más bien un acto de la virtud, que ordena y regula nuestras relaciones con Dios, conviene á saber, la religión.—Así que podría definirla: "cierta disposición particular de la voluntad, mediante la cual, el hombre se entrega con presteza á cuanto concierne al servicio divino. (2)

De suerte que Dios es su causa extrínseca; puesto que Él enciende en nuestros corazones la llama sagrada de la caridad, principio á su vez de la religión, de la cual devoción es acto, según el Angélico (3). Se remonta, pues, la devoción por las vías misteriosas de su origen hasta la regia virtud que, es, en frase de San Pablo, la más grande y subida de todas.

Oíd como San Francisco de Sales teje en su dulce estilo este divino abolengo de la devoción. «La verdadera y viva devoción presupone amor de Dios, pero un amor es-

(1) Estos ocho artículos son del P. Monsabre, Ord. Pred.—(2) Voluntas quaedam prompte se tradendi ad ea quae pertinent ad Dei famulatum (SUM. M. THEOL. 2.^a 2.^a quaest. 82, art. 1.^o) (3) Caritas est religionis principium devotio est religionis actus. (SUMM. THEOL. 2.^a 20, quaest. 28, art. 2.^o)